Cartas para levantar la voz

Memoria por correspondencia

EMMA REYES

LEILA GUERRIERO (prólogo)

Libros del Asteroide, Barcelona, 2015,
232 págs.

HAY UNA convergencia de voces en las cartas en las que Emma Reyes recuerda su infancia y adolescencia, y que envió a Germán Arciniegas. En ellas, escribió desde su primer recuerdo, hasta lo ocurrido el día en el que se escapó, después de un largo periplo vital, siempre cercado por la orfandad y la pobreza, del claustro de monjas donde se había criado. Son las evocaciones de la mujer adulta, sí, como narradora a la que pueden vérsese gestualidad, risa, silencios. Pero hay en ella otra voz que susurra tímida. Es la de la niña que fue y que renace como protagonista cuando la autora rebusca las imágenes más remotas de su vida para exteriorizarlas, sacarlas de esa caverna y darles otra forma con palabras.

Es un esfuerzo de Emma Reyes por fabricar, con eficacia, una voz impregnada por la experiencia y la confianza de quien sabe que ha sobrevivido, que sirve para que hable la niña que fue. Más que como alguien que escribe lo que recuerda sin más ambición que pasar el rato, la autora de estas memorias labra como una narradora avezada a esa Emma niña que se atreve a levantar la voz, quizás por primera vez.

Este conjunto de 23 misivas, que abarcan desde 1969 hasta 1997, se reunió, primero, en una edición colombiana de la Fundación Arte Vivo Otero Herrera y Laguna Libros. Fue presentado por Juan Camilo Otero Herrera y, tres años después, en España, por Libros del Asteroide, con un prólogo de Leila Guerriero. Ambas ediciones incluyen un epílogo de Germán Arciniegas, que rinde homenaje a Emma Reyes (Bogotá, 1919-Burdeos, 2003) y a la amistad que los unió.

El lector oirá, como lo hace Arciniegas, la voz de una mujer que se deja permear por la impresión de una niña, pero que, al mismo tiempo, es la voz de una niña que oculta la sabiduría de la madurez. En esa sapiencia, se esconde lo que calla. Uno de los rasgos más

apremiantes de esta obra literaria es la construcción del silencio, el dolor que aflora con elegancia. No se contiene y, sin embargo, aquella tristeza es como una sombra, que está pero no se deja mirar. La poética se compone de esa herida que jamás curará porque fue infligida a la edad más temprana. Se percibe, pues, como el viento cuando se contempla un paisaje.

Un ejercicio de memoria es siempre un acto absolutamente subjetivo. Desde el primer recuerdo “todas las mañanas yo tenía que ir al muladar que estaba detrás de la fábrica para vaciar la bacinilla que habíamos usado todos durante la noche”. (p. 10)

Emma Reyes cuenta sus primeros años en orden cronológico, de modo que deja que sea el calendario el que dote a su historia de entramado narrativo, pero dosificando la información en cada eslabón con una estructura de cuento. La mayoría de las veces, esos capítulos-cartas se trazan en el marco de una anécdota, como una espera en la oscuridad, un golpe, un incendio. A partir de esa mezcla de emoción e imagen, la autora escruta para encontrar el antes y después de ese *flash* y enhebrar así un relato. De esta manera, interroga las circunstancias y el entorno que surge de una visión, quizás breve, para hacerlas verbo.

Al ritmo de la trama de una niña desamparada en medio de una sociedad desigual, el lector es testigo del proceso que convierte en palabra aquello que guardamos en la mente como una imagen, junto a lo que almacenamos en el cuerpo –en el alma– como una sensación, un sentimiento. Esta narración, que es también una confrontación consigo misma, se hace sin resentimiento, sin tremendismo, sin esa falsa intensidad que es tan fácil de lograr con adjetivos y palabras sangrantes. La niña Emma –inocente, débil, ingenua, bizca, divertida– parece aceptar lo que la vida, su dura existencia, ofrece. El trauma –la pobreza, el desafecto, la ausencia de amor, de educación, de futuro– existe. Pero tanto la voz de mujer como la de niña, que transcurren como dos ríos de aguas de distinta densidad, la retienen dentro. De esta manera, convence. Logra que el lector viva cada pasaje: penetra mediante la acción pura y de ese tono capaz de sostener que la ignominia era

la normalidad para una niña pobre, que Emma merecía esa vida. Sin que se sepa nunca por qué, como si fuera un caso judicial que se encuentra en perpetuo estado sumarial. La autora logra que el lector inquiete, participe, indague e intente convencer a esa niña de que la normalidad no puede ser ese universo en el que conviven, hasta que desaparecen Emma, su hermana Helena, el Cojo, o alguno de los otros niños descalzos y trabajadores.

De esta manera, y con cierto manejo de la hipérbole, Emma Reyes desmascara al país injusto, al machismo –que acepta la mujer que las cría en su primera infancia–, la impunidad del poder, la hipocresía social y religiosa. Ante tal peso, la voz de niña se tuerce a veces y troca en ironía. Aflora la Emma mujer, para saciar cierta revancha:

si se acercaba la Navidad nos hablaba de cómo había nacido el niño Jesús, si era la Semana Santa, de la pasión de Cristo. Pero cuando no pasaba nada, que era la mayor parte del año, entonces nos hablaba de su tema preferido: El Diablo. ¡Qué prodigio de imaginación! Por veinte minutos nos hablaba de él sin jamás repetirse (...). (pp. 100-101)

Aunque encuentra su mejor aliado en la descripción seca:

decidieron ponerme anteojos. Anteojos hechos por ellas, naturalmente. Fue la directora misma que me los hizo; eran muy simples, dos cuadrados de cartón negro, bastante fuertes, amarrados con alambres, en el puro centro de cada cartón había un único hueco hecho con una aguja. Si yo quería ver, tenía que mirar por el hueco; si no, no veía nada. (p. 107)

La gran metáfora de esa desigualdad se encuentra en el cruce de dos sucesos ocurridos en el convento, relatados en las cartas 16, 17 y 18. Durante esa niñez, todo lo que Emma quería, al igual que su hermana, era hacer la primera comunión, algo que la curia no autorizaba, pues las niñas carecían de padrino. Una vez que, después de varios años, la institución aceptó que se sometieran al sacramento, ellas anhelaban hacerlo con un vestido blanco y no lo tenían, mientras, casi al mismo tiempo, trabajaban a marchas forzadas, junto a las

demás, en la costura de una prenda para el Papa, que quizás ni siquiera vería. Y les advierten:

No olviden que ustedes están aquí de caridad y que tienen que trabajar para pagar lo que se comen, ustedes no piensen que en el mundo regalan la comida que les damos, no. (p. 136)

A pesar de los tantos años vividos en el convento, son muy pocos los episodios que suceden allí en relación con el tiempo, quizás porque el lánguido transcurrir aniquilaba la posibilidad de rescatar una anécdota. “Gran soledad y esterilidad de nuestra vida interior”, dice (p. 124). Emma cuenta la llegada y la lenta separación de las hermanas, la demencia mística de una niña que creía tener un hermano imaginario llamado Tarrarrurra, encarnado en un muñeco al que varias niñas rindieron culto, y el amor lésbico de sensualidad contenida y pedófila de las mayores por las más jóvenes. “Cuando pasábamos las puertas o los sitios donde ella estaba segura que nadie nos veía, me abrazaba fuertemente y me llenaba la cara de besos”. (p. 144)

Retoma la voz de la inocencia para relatar esas relaciones afectivas –y de sumisión– entre las mujeres del claustro. Ellas, las monjas, mayores y preceptoras, establecen relaciones de poder y deseo malsano. Aunque en la opresión del convento, las niñas, a cambio de un poco de cariño y atención, lo confundían con afecto, sin comprender la magnitud de los sentimientos que las rodeaban. En estos pasajes, calla la Emma adulta y deja que hable la niña. Quizás por no revelar lo que después descubrió, por no verse desde afuera con el tamiz del tiempo. Al final, explicar al lector, quizás sea tan solo una excusa para comprenderse a sí misma.

Doménico Chiappe